

SUBSCRIPCIONES			
	1911	1912	1913
Madrid.....	1,50	4,50	17,50
Provinciales.....	1,00	3,00	12,50
Extranjeras.....	1,50	4,50	17,50
Portugal.....	1,50	4,50	17,50
Naciones conve- nidas.....	1,50	4,50	17,50
Idem no conve- nidas.....	1,50	4,50	17,50
VENTA			
España: 25 números, 75 céntimos de pena.			
Extranjero: id. id. 1,50			
NÚMEROS SUeltos			
Del día, 5 céntimos; atrasado, 10 idem.			
Se suscribe en las oficinas de El Globo, San Agustín, 2, y en todas las librerías.			
TELÉFONO NÚM. 772.			

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

Lunes 26 de Marzo de 1894

MADRID—NÚM. 6.710

AÑO XX—CUARTA ÉPOCA

CUENTOS DE MI TIERRA

EL CASTILLO DE LA SELVA

Que sirve de introducción y del que se puede prescindir porque nada tiene que ver con el cuento.

Ya que estamos en tiempos de gran prisa para cuentos propios y ajenos, moda introducida en la prensa, si no me engaño, por mi ilustrado amigo el general Sr. Riva Palacio con sus interesantes *Cuentos del general*, allá voy yo a mi vez con el mío. Y así cumpla mis compromisos con el periódico El Globo, que da generosa hospitalidad a mis pobres trabajos.

Es el mío un cuento de mi tierra, vulgar y sencillísimo, en que nada puse de mi parte sino la forma.

Advierto de antemano a mis lectores, para que no se llamen a engaño, que es un verdadero cuento de hadas en que juegan los dioses y las potencias infernales, cuento romántico con todos sus ensueños y menesteres, como propio de Cataluña y de los Pirineos catalanes donde el romanticismo está todavía en olor de santidad.

Porque la vieja Cataluña, bien y filosoficamente considerada, tiene, es verdad, mucho de griego y de latino, y así se encuentra en sus costumbres, en sus tradiciones, en sus historias, en sus cuentos, en sus montañas, y esto se debe sin duda, a lo que sé que otro origen darle, a los alemanes que llegaron un día en son de aventureros y que encarnaron en el país auxiliarios poderosos, hasta concluir por crear en el fondo una dinastía, nombre, título, hogar y familia.

Lo que voy a contar me lo refirió hace muchos años, cerca de medio siglo nada menos, un hombre noble y bondadoso que ya no existe y que fué mi maestro de latín, en que era gran autoridad, al propio tiempo que era también en música, su verdadera y habitual profesión.

Es posible que nadie se acuerde ya de él, cuando debieran acordarse mucho, sobre todo en la villa de Figueras donde nació y a la que con su fama dió nombre y resonancia.

Era un hombre singular, de ilustración y talento. Se llamaba Buenaventura Bassols, erudito, poeta, y músico. Fué autor de un poema catalán muy raro, que anda por estos mundos sin su nombre; profundo latinista, hasta el punto de hablar el latín con tanta facilidad como su lengua nativa, y excelente guitarrista, discípulo del gran F. Sor, maestro en su arte, verdadero domador de ese pequeño monstruo tan delicioso que se llama guitarra, y a cuyo estudio y práctica había en aquellos tiempos inclinación y aficiones marcadamente pronunciadas.

Era, pues, a un mismo tiempo Buenaventura Bassols, por caso extraño, maestro de latín y maestro de guitarra, sucediéndole cosas muy singulares con sus discípulos, que barajaba a su manera, no sin incurrir en graciosas equivocaciones, pues nunca acertaba a recordar de un modo exacto quiénes eran los que iban a su clase de latín y quiénes a la de música.

Contaba entre sus discípulos a Pablo Piferrer, el que fué más tarde célebre cronista de Cataluña, poeta eximio y pensador profundo, que fundó escuela literaria entre los catalanes, y ha dejado nombre ilustre en las letras españolas. A Pablo Piferrer lo tenía en su clase de guitarra, y a mí en la de latín, ocurriendo que a mí, que tenía entonces gran necesidad de la lengua de Horacio para mis exámenes, me daba siempre lecciones de música, y a Piferrer, que se había matriculado con él para saber música, a que se dedicaba con denuedo, se las daba de idioma y de clásicos latinos.

Sucedía, por ejemplo, lo siguiente: —Maestro, le decía yo al llegar a su casa y al encontrarme casi siempre guitarra en mano, hoy traigo mi lección perfectamente aprendida.

—¿Si Pues me alegro. Ya la veremos otro día. Hoy quiero hacerte oír una marcha que estoy estudiando. Quiero que veas lo que es la guitarra, y cómo responde. Es decir, no es la guitarra lo que vas a oír, es la voz humana saliendo de este vientre de madera.

Y lanzado por este camino, no había recurso, se disparaba hablando de su arte; y como discutía muy bien y guitarraba con verdadera maestría, le escuchaba yo con embeleso, y así pasábamos las horas de lección muchas veces.

Con Piferrer ocurría lo contrario.

Llegaba éste, y apoderándose de la guitarra, decía:

—Ayer me pasó toda la tarde aprendiendo este vals. Va usted a ver, maestro.

—Si—decía entonces D. Buenaventura, para músicas estoy.

—Pues ¿qué ocurre, maestro?

—Ocurrió que he pasado la noche en vela.

—¿Está usted enfermo?

—Como si lo estuviera: se me indigestó un verso de Ovidio y anduve a vueltas con él toda la noche. No he pagado los ojos y estoy mareado a fuerza de rumiar. El verso dice: *Militat omnis amans et habet sua castra Cupido*, vamos a ver. ¿Que entiendes tú por *Militat omnis amans*?

—Pues, no sé.

—¿Cómo que no sabes, pigre? (Pigre era la única palabra con que aquel excelente señor se permitía reprendernos o censurarnos.) Pues yo no puedo permitir que un mozo de tus prendas ignore lo que debe saber.

Y en seguida emprendía sus disertaciones, y quieras que no, aquel día le daba una lección de latín en lugar de guitarra.

murallas del castillo de San Fernando, fortaleza grandiosa mandada levantar, creo, por Fernando VI, y en la que, según se cuenta, sufrió el martirio de su prisión y del sueño aquel denodado defensor de Girona, ilustre Alvarez de Castro.

Pocas veces se ofrece a la vista espectáculo más hermoso ni panorama más encantador que el de que se disfruta desde las murallas o desde las torres del castillo de San Fernando de Figueras. Años y años llevo pasando ya desde que por última vez le vi en 1851, y todavía le veo.

Allí aparecen ante los ojos los Pirineos, casi al alcance de la mano, como quien dice, dibujándose en accidentada sierra sobre el azul del cielo, con todas las maravillas de su naturaleza, con todas las glorias de sus recuerdos y con todos los esplendores de sus maravillas y de sus glorias.

Aquella colina con su castillo que parece el florón de una corona y que, a manera de broche, enlaza el Pirineo alto con el bajo, es Belle Garde, nuestro antiguo castillo de Belle Guardia, cuyos muros, según se dice, fueron levantados con piedras de los trofeos de Pompeyo, y a cuyo pie el general Ricardos rió gloriosas batallas, hace ahora precisamente un siglo, para reconquistar aquel Rosellón, tan extraño hoy para nosotros como tan nuestro fué un día, donde están los orígenes de nuestra lengua catalana, las fuentes de nuestros ríos, las glorias de nuestro pasado, la cuna de nuestros reyes y el sepulcro de nuestros padres.

Aquel otro monte, que alza sus dentelladas crestas y deja caer muy a menudo por sus hombros su holgada cabellera de nieve, es Recacenz, la montaña a donde se dirige la solemne procesión que cada año, a principios de Junio, sale de Figueras en busca de la tramontana que con su fortaleza y su impetuosa está destinada a disipar los infectos miasmas con que envenenan el aire los encharcados lagos.

Mas allá está San Pedro de Roda con su memorable monasterio, tan protegido de los condes de Ampurias; al otro lado la Virgen del Monte, con su popular y renombrada ermita; y, más lejos, dibujándose en el horizonte, las tres gemelas, es decir, las tres montañas aisladas y similares, en la cumbre de una de las cuales se ve, como una sombra, el castillo de Torroella de Montgrí.

Tropieza luego la vista con Alfarr, colina que surge de enmedio de los valles ampurdaneses sosteniendo un puñado de viejas y rúnicas casas, a manera de uno de esos montículos que aseman por entre las frondas de un jardín con su cumbre coronada por la tosca cabaña de la negruzca torre que sirve de mirador.

En un extremo de este panorama está Rosas con su célebre salvadóra bahía, y a poca distancia aparece La Roca, situada en las playas, donde un día se irguió con todo el orgullo de su poder la soberbia Empúries, que aún yace allí soterrada bajo inmensos arenales.

Repárese al pie de los montes se hallan Masanet de Cabrenys, en el centro de cuya plaza asoma, clavada en el suelo, una gruesa barra de hierro que, al decir del vulgo, es la misma que Rodón arrojó desde un pie de Pirineos, cuando de matar moros con ella; la capilla del Roble, que aparece junto al ruinoso monasterio bizantino de Santa María; Villa-Bertrán, con su colegiata bizantina y también y sus hermosas y floridas huertas; Perelada, con sus grandes recuerdos de nuestro Pedro de Aragón el apóstol; Lleras, con los doce castillos que la rodean, encerrando la dentro de un círculo de fortalezas legendarias; y, finalmente, Castellón, con su magnífica catedral, sus retoños de grandeza y sus recuerdos de gloria.

Y todo esto en medio de una pintoresca y deliciosa llanura, regada por cuatro ríos; y todo esto a los pies de aquel monte gigante que se llama el Canigó, arborescente siempre con su manto de nieve y su caperuz de nieblas, el famoso Canigó de tradiciones misteriosas y leyendas románticas, en cuya cima existe el lago encantado; de que se hablará luego, y en cuyas entrañas nunca registradas custodian las hadas del monte, a sea las *Buenas Mujeres*, según en el país se las llama, opulentos criaderos y minas de plata, de oro y de diamantes, como asegura muy seria y formalmente el cronista Jerónimo Pujades.

A este Canigó, a este lago encantado y a estas *Buenas Mujeres* se refiere el cuento que, paseando por las murallas del castillo de San Fernando, y a la vista del monte, me refirió Buenaventura Bassols, para mí de tan digna y honorable memoria.

Y vamos ya, —me parece que es hora, ¿verdad?—vamos ya al cuento prometido, que no encierra ningún problema, que no plantea ninguna tesis, que es pura y sencillamente un cuento, mal contado tal vez, y que nada tiene de transcendentalismo, aunque sí quizás de prafaelismo, si es que esta moderna escuela, como dicen los doctos, tiene por ideal una Edad Media fabulosa, una época y un país de sueño a que se transporta, fuera de tiempo y de espacio, toda clase de acciones y figuras nacidas en la fantasía y no en la realidad.

En este caso será un prafaelista sin saberlo.

II

En el que aparecen los dos héroes del cuento, ella y él. Hace ya mucho tiempo, mucho, todo el que quiera tomarse el autor, vivía en Figueras, o lo que es lo mismo, en el pueblo formado por unas cuantas casas que más tarde debía ser la hoy importante villa de ciudad de Figueras, un hombre ya entrado en años que era un portento en el violín. No se conocía a nadie que pudiera rivalizar con él en el ejercicio de su arte.

Por malaventura suya, el pobre violinista era feo, pequeño, jorobado, y tenía las piernas torcidas. Una especie de monstruo. Las muchachas huían de él, los chicos le apedreaban. El infeliz lo soportaba todo con la resignación de un santo.

Vivía de su violín, que le daba por cierto escasos productos. Iba a todas las fiestas y hacía bailar a las muchachas, que algunas veces le pagaban su trabajo, pero que otras le despedían sin darle ni dinero ni gracias.

Todo lo aguantaba el pobre. No tenía más amigo ni más consuelo que su violín. Sin embargo, se consideraba feliz y tomaba como cosa natural todo cuanto le sucedía. Nunca se le ocurrió que pudiese ser diferente de los demás hombres, ni que él era diferente, mientras que los otros eran apuestos y gallardos. Una mañana entró un escudero ricamente vestido en la humilde casucha donde habitaba Gotardo.

El pobre violinista se llamaba Gotardo. —Mi señora me envía—dijo el escudero.—Esta noche hay fiesta en el castillo y se te necesita a ti con tu violín.

—Y ¿quién es vuestra señora?—preguntó Gotardo.

—La noble dama Edelina de la Selva. Al oír este nombre, conocido en todo el país, el músico hizo una profunda reverencia.

—¿Ahí tienes esta pieza de oro,—prosiguió el escudero, arrojando una moneda a los pies del violinista.—Si cumples, mi señora te recompensará con mayor cantidad. Si faltas, te mandará colgar de una almena de su castillo.

Y el escudero se marchó sin añadir más palabras.

En aquellos tiempos, como se ve, había oro, y también señores que mandaban ahorcar a quien bien les parecía, des cosas que ahora no se usan.

En cuanto Gotardo se vió sólo, se dispuso a poner cuerdas nuevas a su violín para que pudiera lucirse en los salones de la gran dama a quien no conocía, pero de quien había oído hablar mucho.

Edelina de la Selva, habitaba un castillo en el corazón de la montaña llamada Canigó. Viuda esta joven dama de un ilustre caudillo, había ido a pasar su viudez y a encerrarse en aquel castillo, tan triste, solitario y salvaje, como el monte en el centro del cual elevaba sus almenas.

Los montañeses y gente del país apellidaban a este alcazar el castillo de la Selva por un inmenso bosque, muy espeso y poblado, que arrancaba del pie de sus muros prolongándose a larga distancia. Algunos llamaban a este bosque *la selva roja*, y no precisamente por ser la suya una tierra muy roja, de color de sangre, con lo cual se justificaba el adjetivo, sino porque, según cuentan y hablaban del vulgo, era aquel un bosque que había sido habitado por los demonios, quienes celebraban en él a la luz de la luna sus nocturnos conciliábulo.

En cambio, cuando los demonios moraban en la *selva roja*, las hadas benéficas del país, las *Buenas Mujeres*, que así eran denominadas, vivían en la cima del monte, junto a un estanque donde guardaban sus tesoros. Ahora bien, las hadas del monte, las *Buenas Mujeres*, eran excelentes cristianas, y no podían ver ni pintadas a los demonios; así es que sólo esperaban una ocasión favorable para arrojar del bosque a sus infernales vecinos.

En esto nació una hija al señor del castillo de la Selva.

Era una niña hermosa como la perla que al sonreír la aurora cueurga de la hoja de un árbol.

La madre, al ver a su hija tan bella, quiso ponerla bajo la protección de las *Buenas Mujeres*, y éstas, a su invocación, acudieron todas al castillo.

Rodearon la cuna de la recién nacida, y una de ellas, tomando la palabra por todas, dijo a la madre:

—Noble dama, su hija será siempre feliz y siempre hermosa, como sigas mi consejo.

—¿Qué debo hacer?

—Toma esta cruz—dijo el hada entregándole a la dama una cruzcilla formada de piedras verdes, una cruz de esmeraldas.—La colgarás del cuello de tu hija, y llevando en tus brazos a tu niña, adornada con la cruz, irás a pasar toda una noche al pie de la gran encina que se eleva en el centro de la selva roja. Ha de ser en una noche de luna llena y clara, cuando ni la más pequeña nube entorpezca el azul del cielo ni apague la claridad de las estrellas, y debes situarte con tu hija junto a la encina aquella en torno de la cual acostumbran a danzar los demonios. Estos no se presentarán si allí está tu hija con la cruz; huirán del bosque para siempre, y tu hija será feliz toda su vida. Lo único que pudiera turbar su dicha, sería que los demonios volvieran; pero éstos no volverán mientras tu hija conserve y lleve sobre su pecho la cruz de esmeraldas.

La dama del castillo prometió hacer lo que le decían, y las hadas del monte ofrecieron en cambio su protección, protección que podían llevar a cabo sin obstáculos desde el momento en que, libres de sus enemigos vecinos, se hallasen en ellas solas las dueñas del monte y de la selva.

Edelina, tal era el nombre de la recién nacida, fué llevada por su madre al centro del hombre y al pie de la encina, persistente de su cuello la cruz de piedras verdes.

Hacia ya dos ó tres horas que la castellana se hallaba con su hija en lo más frágil de la selva. Procuraba dormir a la tierna criatura, arullándola con uno de aquellos poéticos y melancólicos romances como sólo se oyen cantar en las montañas. Era media noche, y la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor. De repente, se oyó un gran estruendo, los árboles se bambolearon, el castillo se estremeció sobre sus cimientos, la tierra toda tembló, y cayó a manera de un espantoso ruido, como lanzado por muchedumbre innumera de fieras de todas clases que se hubiesen replegado para ello. Era el ruido de cólera que lanzaron los demonios al abandonar la selva.

Desde aquella noche la comarca se vió libre de los moradores del bosque, y la fortuna comenzó a sonreír a los dueños del castillo, que hasta entonces se habían visto perseguidos siempre por la desgracia.

Edelina comenzó a crecer, y a medida que iba creciendo aparecía cada vez más hermosa, hasta llegar a ser la más bella mujer de que se tenía noticia.

La cruzcilla de esmeraldas no se apartó jamás de su cuello. Las *Buenas Mujeres* cumplieron su palabra.

Un noble señor solicitó su mano, y la obtuvo; pero a los dos años de matrimonio Edelina perdió a su marido, y fué a pasar el tiempo de luto en el castillo de la Selva, abandonado y solitario, por la muerte de sus padres.

Pocas veces se dejó ver Edelina mientras duró su luto. Los que alcanzaban el placer de verla, decían que estaba más hermosa que nunca, lamentando todo el mundo que criatura tan agraciada y bella viviera retraída en el fondo de un alcazar solitario, como Virgen del Señor en el interior de un claustro.

Pero, he ahí que un día el castillo cobró un aire inusitado de fiesta, y la comarca toda supo que aquella noche daba Edelina un gran baile al que había sido convidada toda la nobleza del país. Terminada estaba la época del duelo, y comenzaba la de gala. Edelina renació para el mundo.

Fué el día en que el pobre violinista Gotardo recibió la moneda de oro, y con la moneda de oro la orden de ir con su violín al castillo de la Selva.

III

En el que se refiere lo ocurrido al pobre violinista en la fiesta del castillo.

Llegó la noche; Gotardo se vistió su traje de fiesta, y con el violín bajo el brazo se encaminó al castillo de la Selva, loco de contento por que iba a ver lo que no había visto nunca, es decir un baile de grandes señores.

El pobre violinista no había en sí de gozo al pensar que iba a encontrarse entre ilustres personajes y entre bellas damas, unos y otras deslumbrantes en galas y atavíos, bailando al son de su violín, de su querido violín, que hasta entonces sólo había tenido poder para hacer bailar a rústicas parejas sobre alfombras de verde césped.

El castillo aparecía espléndidamente iluminado cuando él llegó Gotardo. Tormentas de luz salían por cada ventana abierta, los criados iban y venían; embarranzaban las puertas grupos de pajes, mensajeros y hombres de armas; las damas descalzaban en el patio de honor, y daban a guardar a los escuderos sus eneberrados palafreños; los galanes, ofreciéndoles la mano según costumbres de entonces, y dirigiéndoles palabras corteses, los acompañaban a los salones.

Encontrábase Gotardo en un mundo nuevo, y todo lo observaba como alado, y con rostro verdaderamente estúpido.

Algunas damas, al pasar por junto al violinista, le miraban y sonreían. Una, entre otras, le estuvo contemplando buen rato, como quien ve una cosa curiosa, y en seguida soltó una carcajada.

Gotardo se puso a pensar qué podía haber en él para así motivar tan franca risotada de aquella dama. Entonces, por vez primera en su vida, pensó en su deformidad; por vez primera en su vida se acordó que era feo. Apenado por tan punzante idea, estaba a punto de volverse, pero ya le había visto el mensajero de aquella mañana que se acercó a él y lo acompañó al sitio que debía ocupar toda la noche en compañía de otros músicos.

Deslumbrante espectáculo se presentó a los ojos de Gotardo. Era una fiesta espléndida, espléndida de lujo, de galas, de luces, de flores, de mujeres. Todo era bello y risueño, todo encantador. Gotardo, desde un extremo del salón, medio oculto por una rica tapicería, asistía al espectáculo, pareciéndole un sueño todo cuanto veía. Nunca cosa igual había horido su vista; jamás cosa parecida había hablado tan alto a sus sentidos.

Ríos de luz inundaban la estancia: mujeres deslumbradoras de gracias y atractivos paseaban por la sala; oleadas de música envolvían a toda aquella brillante multitud en atmósferas de armonías. A través de la fiebre que se había apoderado de Gotardo, el pobre músico, sentía llegar hasta él esa perfume embriagador, formado de los perfumes de todas las flores que emanaba de las mujeres.

Ya varias veces el violinista que sostenía con mano trémula, había dado muestras de la alucinación del músico, valiéndole severas miradas y hasta alguna repreensión por parte del director de orquesta.

Entre todas aquellas bellezas seductoras, Gotardo vió a una mujer superior a todas en hermosura y encanto. Era un rostro que se destacaba de entre un mar de cabellos rubios como oro en hebras: eran dos ojos que chispaban como estrellas en un cielo azul: era una boca que parecía un clavel partido: era un cuello cuya hermosura oscurecía la del cisne: era un tallo que se doblegaba al roce como una palma: era un pie que competía con el de un niño.

Gotardo pensó que ser amado de aquella mujer sería vivir en el Paraíso. Gotardo pensó que una sonrisa de aquella mujer valía el sacrificio de una vida.

Los caballeros hervían en torno de aquella dama; las mujeres todas la saludaban al pasar; la multitud se inclinaba ante ella con respeto. Era la reina del baile. El violinista no tardó en saber que era Edelina de la Selva.

Un galán estaba a su lado sin abandonarla un solo instante. Era un joven que se distinguía por la finura de sus modales, por su gallardía y por la elegancia de su traje azul y perla, los dos colores favoritos de Edelina. La castellana se apoyaba con negligente abandono en su brazo, y a veces se sonreía y miraba el ruborizado rostro cuando el doncel le decía algunas palabras al oído y en voz baja. ¿Qué no hubiera dado Gotardo por hallarse en lugar de aquel feliz mortal!

Loco Gotardo y fuera de sí, no vió que el arco de su violín descansaba inmóvil sobre las cuerdas, no reparó que el instrumento se escapaba de sus manos é iba a rodar con

gran estruendo por el tablado. Confuso y aturdido, se bajó para recoger su violín y reparar su torpeza, pero el jefe de orquesta, airado contra él por sus frecuentes distracciones, le reprendió severamente y le despidió en el acto, haciendo que un escudero le pusiera a la puerta del castillo.

Gotardo se marchó sin decir palabra, y se internó en el bosque para trasversearle y dirigirse a su casa. La fiebre continuaba dominándole; un torbellino de ideas bullía en la mente del pobre jorobado; oía aun el rumor de la fiesta, veía el explendor del baile, veía sobre todo a la encantadora Edelina, del brazo de aquel galán con traje azul y perla que le decía al oído palabras misteriosas, cuyo murmullo debía ser más dulce que el de la más deliciosa música.

Preocupado nuestro héroe con estas ideas, vagó largo tiempo por el monte, perdido en la oscuridad de la noche. Cuando logró hacerse cargo de su situación, dominando el barullo de sus pensamientos, se encontró en un sitio completamente desconocido para él, según pudo juzgar a la luz de la luna que comenzó a brillar entonces saliendo de entre grandes nubarrones que discurrían amenazadores por el cielo. Había perdido su camino.

Gotardo se acordó de todas las fábulas que circulaban en boca del vulgo sobre la montaña de Canigó. Trajo a su memoria especialmente lo que se decía de un diablo llamado *Chiridivella*, el cual vagaba siempre por los más espesos é intrincados sitios del bosque, sin otra misión que la de enseñar al camino a los viajeros extraviados que le invocaban.

—Si yo evocara al diablo!—se dijo Gotardo para sus adentros.

Pero no tardó en echar fuera tan mal pensamiento, y prosiguió andando en busca de su camino. La fatigada, sin embargo, estaba empeñada en extraviarle más y más, a medida que avanzaba.

Comenzaba ya el músico a desesperar, cuando pareció oír un ruido de pisadas tras de sí. Vió la cabeza, y vió que se le acercaba un hombre vestido de negro, a lo que pudo juzgar a la luz de la luna.

VÍCTOR BALAGUER.

(La conclusión mañana.)

PARÍS AL DÍA

La sakhalina

Los agricultores se quejan de ver que sus esfuerzos resultan muchas veces infructuosos, por accidentes climáticos, irregulares, y sobre todo, por exigencias del fisco, por ciertas evoluciones económicas, y por ese movimiento que empuja a los hombres a concentrarse en las grandes ciudades.

Para remediar esos males de la agricultura y paliar esas necesidades, los poderes públicos han tomado medidas de orden económico, sobre las cuales se puede discutir largamente.

En tesis general, el sistema proteccionista tiene para el agricultor el inconveniente de hacerle pagar más caros los productos que le son indispensables.

Mejor fuera que el agricultor mejorase su situación por medio del perfeccionamiento del cultivo y de la elaboración, así como por la aplicación de los progresos de la ciencia al trabajo de la tierra.

El crédito agrícola, la extensión de los sindicatos de riego y otros, el empleo de las máquinas que sustituyen la mano de obra, la mejora del cultivo y la obtención de productos nuevos, son los principales medios a que debiera acudir la agricultura francesa para regenerarse, sin esperar la protección del Gobierno, siempre incierta y de resultados dudosos.

He oído decir a muchos labradores que es indispensable cambiar de explotaciones, criar ganado, por ejemplo, donde hoy se siembra trigo. Este solo cambio daría una importancia particular a la cuestión de los forrajes.

No ha mucho hemos visto un verdadero desastre en la ganadería a consecuencia de la sequía nefanda del año pasado. En ciertas regiones ha sido preciso vender el ganado a muy bajo precio, por no poderlo cebar ni mantener.

Los agricultores prácticos temen otro año de sequía y procuran proveerse de pastos que resistan la falta de riego. Opinan que así como se ha reconstituido el viñedo francés con cepas americanas, más vigorosas que la nuestra, se pueden encontrar pastos para forraje que den mejor resultado que los empleados hasta aquí.

Para esto basta salirse resolutamente de la rutina a que están muy apegados los agricultores y aprovechar los descubrimientos que resultan del desarrollo de nuestras relaciones con países nuevos.

No olvidemos la historia de la introducción de la patata que a últimos del siglo pasado tuvo que ser poco menos que impuesta a la agricultura francesa por voluntad del rey y que determinó una verdadera revolución en la alimentación de toda Europa.

Trátase de aclimatar ahora un nuevo pasto, el *polygoum sakhalinense*, vulgarmente llamado *persicaria de Sakhalin* ó *Sakhalina*. Esta planta, originaria de la isla de Sakhalin cerca de la Siberia oriental, nos ha venido del Japón, más como planta de adorno que como yerba de utilidad.

Fué introducida en Francia há veinte años, por los Sres. M. Eduardo André y M. Carlos Baltet, que habían visto hermosas muestras en la Exposición de la Sociedad de Horticulura de San Petersburgo, donde ejercieron el cargo de miembros del Jurado internacional.

M. Baltet, que con rara inteligencia se dedica a la horticultura en Troyes, donde posee el gran vivero de Conciels, y que es conocido en el mundo agrícola por las numerosas recompensas otorgadas a sus trabajos,

CINCUENTA AÑOS
DE USO GENERAL

LA SALUD A DOMICILIO—LA MARGARITA EN LOECHES

CON GRANDES RE-
SULTADOS SIEMPRE

Antibióticos, antiescorbuticos, antihépticos, antiparásitos y muy reconstruyentes. Con esta agua de uso general hace cincuenta años, se tiene la salud a domicilio. —Preparada siempre la primera con grandes diplomas y medallas de oro y distinciones. —Gran remedio contra las distintas formas del dengue con que esta dolencia se presenta. En preservativa de la tisis y difteria usada con frecuencia. Tomar todos los días una cucharada.

Depósito central: Jardines, 15, bajos derecha, Madrid. —Prevenir contra aneurismos de aguas llamadas naturales y que pretenden ser iguales y aún mejores, y dicen que no irritan, y se porque carecen de fuerza. La de LA MARGARITA se adapta a todos los estómagos, no irrita, y mezclándola con agua, resulta aún muy superior a las similares. Aunque como purgante no tiene igual el agua de LA MARGARITA a las condiciones terapéuticas, pues cura con facilidad y prontitud gran número de afecciones del estómago, bilis, herpes, reumatismos, llagas, anemias y demás que expresa la etiqueta de las botellas, y en gran cantidad de agua de que carecen las demás aguas, le permite tener abierto un gran establecimiento de baños del 11 de Junio al 15 de Septiembre. Pida prospectos y hojas clínicas, que se entregan gratis. —Venta en todas las principales farmacias y droguerías de España y extrajera.

ESPECTÁCULOS

COMEDIA.—A las 8 y 1/2.—3.ª de abono.—Moda.—La Vendedora de Seda.—La Familia Pont-Biquet (estreno).

ZARZUELA.—A las 8 y 1/2.—El duque de Gandía.

LARA.—A las 8 y 1/2.—7.ª serie.—Turno 2.ª imp.—Caza de novios.—Los monigotes.—Zaragüeta. Segundo acto.

A las 4 y 1/2.—La ópera americana.—El cascabel al gato.—Entre parientes.—Los monigotes.

APOLLO.—A las 8 y 1/2.—Los embusteros.—La noche de San Juan.—La verbena de la Paloma 4.ª el boticario y las chulapas y celos muy reprimidos.

ESLAVA.—A las 8 y 1/2.—El traje misterioso.—Misa Erera.—El muñeco.—Los dineros del sacristán.

GRAN CIRCO DE PARISH.—A las 4 y 1/2 y 8 y 1/2.—Dos grandes funciones: 4.ª y 5.ª presentación de la compañía. —Entrada general para niños y militares 50 céntimos.

GRAN CIRCO DE COLON.—A las 4 y 1/2 y 8 y 1/2.—Dos grandes funciones: 4.ª y 5.ª presentación de la Compañía acrobática, gimnástica, cómica acrobática y taurina, en ambas la extraordinaria adivinatora Mille Kreps y la feria de Sevilla.

Entrada general, 50 céntimos.

RUSIA.—(Madrid Moderno).—Señoras de patines.—Carteras de trineos, con premios.—Tiro de salón.—Conciertos.—Abierta el parque todo el día.

LIQUIDACIÓN

FOR
CESACION DE COMERCIO

Venta de todas las existencias de los grandes almacenes de saldos de Martín Merino, a precios fijos verdaderamente escandalosos.

Abada, 2, principal

VINOS DE PEPTONA
ORTEGA

Para convalecientes y personas débiles, es el mejor tónico y nutritivo: magro y rico, mal digestivo, anemia, tisis, raquitismo, etc.

FARMACIA: LEON, 19.—LABORATORIO: QUEVEDO, 7

SOLUCION PAUTAUERGE

Los numerosos méritos que merecen la solución Pautauerge de Calceolano, la consideran como el remedio más seguro y eficaz contra las ENFERMEDADES DEL PECHO.

Tisis, bronquitis crónicas, Tosas antiguas y persistentes, Difteria, Edema pulmonar, etc. Se emplea en los niños en dosis de 10 a 20 gotas.

No quieren tomar la solución bajo la forma de solución? En casa de L. Pautauerge & Co., 31, rue Jules César, París.

EL CAMINO MAS CORTO

—Padre mío—dijo el estudiante,—a pesar del respeto y obediencia que profeso a usted, he tomado mi partido; he elegido una esposa que me conviene en todos conceptos.

—¿Se lo que me va usted a decir, pero todo será inútil contra una resolución tan decidida, porque causaría usted mi desesperación negándose a su consentimiento.

—Pero...—dijo el padre.

—Pero—interrumpió el hijo—su negativa de usted sería mi sentencia de muerte; no puedo vivir sin Teresa.

—Pero...—repitió el padre.

—¡Ah!—continuó Hugo—todo lo arrostraré para conseguir mi objeto.

—Pero hombre—dijo el padre,—si no tienes que arrostrar nada.

Tu madre y yo no tenemos más intereses en este mundo que tu felicidad.

Si la chica con que quieres casarte te conviene, cástate en buena hora; será muy bien recibida, y la escogeremos en nuestros brazos cuando quieras traernosla.

—Y añadió el padre, volviendo a ocupar su sitio al lado del hogar,—¿por qué no nos decías eso sencillamente y naturalmente? Mujer—dijo sonriendo,—está enamorado y quiere casarse.

—¡Bendita sea la mujer que le haga feliz!—contestó la madre.

—¡Por qué no habernos confiado sencillamente tu negocio, y así no se hubiera enfriado mi café? Probablemente no pensarás

CARNE, HIERRO y QUINA
VINO FERRUGINOSO AROUD

Establecimiento acreditado
1.ª clase socio 400 ds., dan 72
al mes. Minas, 8, 3.ª de 2 a 5.

UNGUENTO ROJO MERE
BLACK MIXTURE MERETICORO DEL ESTO FAGO
ANTIGASTRALGICO ATEMPERANTEPILOROS
DEHAUTCALLOS Y DUREZAS
Callosa EscriváTAMAR
INDIEN
GRILLONINSTITUTO BROWN-SEQUARD
ATCALÁ, 4-MADRID-TELÉFONO 220

Los juegos orgánicos se emplean contra la anemia, ataxia, parálisis, reuma, tuberculosis, impotencia, cáncer, achaques de la vejez y en todas las enfermedades que producen debilidad.

Lo que importa a médicos y enfermos es distinguir las buenas de las malas preparaciones, a fin de evitar molestias y gastos, pues aunque estas últimas las aplican y se venden por ahí a bajo precio, sus resultados son nulos y exponen a graves accidentes.

Tenemos la exclusiva del Instituto Seguardiano y perseguiremos a todo el que trate de ostentar nuestra marca. Pídanse AMPOLLAS ESFERICAS y que lleven grabado en el vidrio «DR. GOIZET, PARÍS». El público puede hacer la comprobación con las que tenemos expuestas en el Salón de El Heraldo y en el escaparate de la farmacia de Moreno Miquel, Arenal, 2.

El juego test, es de conejo de India y está contenido en ampollas de 4 y 1 centímetro cúbico al precio de 20 pta. y 5'50 respectivamente. Igualmente tienen la sustancia gris, de la glándula tiroidea y otros.

El Instituto está abierto de 9 a 6. La consulta de 2 a 6.

Tenemos además la propiedad de la interesante obra del Dr. Goizet sobre el método Brown-Sequard. Este libro es indispensable a médicos y enfermos para elegir los juegos y su aplicación. Se vende la segunda edición a 3 pesetas ejemplar en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 3.

Se remiten los juegos por correo, franco de porte. Pídanse instrucciones al DIRECTOR DEL INSTITUTO BROWN-SEQUARD, ATCALÁ, 4.

PAPEL WLINS
COMPANIA VASCO-ANDALUZA
IBARRA Y COMPANIA

Salidas fijas semanales del puerto de la Coruña

Esta acreditada y antigua Empresa, que cuenta hoy con veinte vapores, ha fijado sus salidas:

Luzas.—Para Carril, Vigo, Huelva, Cádiz, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia, Tarragona, Barcelona, Cetta y Marsella.

Mérida.—Para Gijón, Santander y Bilbao.

Jerez.—Para Carril, Vigo, Cádiz y Sevilla.

Sábado.—Para Santander y Bilbao.

La carga que no esté embarcada los días fijados antes de las dos de la tarde no podrá ser admitida.

Son a cargo de la Empresa los gastos si por fuerza mayor no pudiera ser embarcada.

Consignatario en la Coruña, D. Nicandro Paríñ, al lado de la batería Salvat.

21, SALUD MUEBLES
SALUD, 21, PRAL.GUIA COMERCIAL DE MADRID
DECIMA EDICION
CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA

SINAPISMO RIGOLLOT

ANUNCIANTES
LA EMPRESA ANUNCIADORA
LOS TIROLESES

se encarga de la inserción de los anuncios, reclamaciones, noticias y comunicados en todos los periódicos de la capital y provincias con una gran ventaja para nuestros interesados.

Pídanse tarifas que se remiten a vuelta de correo. Se cobra por meses, presentando los comprobantes.

OFICINAS:
Barrionuevo, 7 y 9, entre sueño.—Madrid

en casarte sin tener una profesión, sin hallarte establecido; repara bien en que no hago más que darte un consejo.

Si te condujeras prudentemente, debías, en mi concepto, decir a la muchacha de quien te has enamorado: «dentro de un año, día por día, vendré a buscarte a usted y a conducirla a la casa de mis padres».

En ese intermedio volverías a París, trabajarías con valor, y regresarías con la certeza de ofrecer a tu esposa una existencia decente a no ser que quisiera permanecer aquí con ella y hacerse labrador como yo, lo que sería lástima, seguramente, siendo tú tan instruido y tan fino. Dentro de un año sería abogado, te habrás...

Pero Hugo, al mismo tiempo que seguía el discurso de su padre, aprovechando lo que tenía de bueno y prudente, variaba un poco en su imaginación las consecuencias de estos consejos, y no será quizás fuera de propósito establecer una comparación entre los consejos del padre y las resoluciones del hijo.

Dentro de un año—decía el padre—serías abogado; te habrás asegurado cierta clientela; brillarás en el foro; con el tiempo te enriquecerás, te harás célebre, y tu mujer estará orgullosa y feliz con tus triunfos.

Dentro de un año—pensaba el hijo—habré adquirido la inteligencia que me falta aún en la pintura; seré pintor.

Viviré en esa dulce vida del artista, en esa independencia que enriquece más que las esclavitudes más doradas.

Disfrutaremos mi Teresa y yo de una vida dulce y retirada.

Partiendo del mismo punto, después de haber recorrido caminos distintos, llegaron padre e hijo a idénticos resultados.

—Pues, bien!—dijo Hugo,—partiré.

—Mañana mismo—contestó el padre.

—¿Por qué mañana?—observó el hijo.

—Porque mi vecino Natal Remy va al Havre, y aprovecharé su carricoche para irte con tu equipaje; así a las seis de la tarde.

Hugo iba a replicar, pero reflexionó que nadie le quite la idea que se le fuera por la cabeza a Etretat y estuviera de regreso para la hora de la partida.

—Corriente—dijo—marcharé mañana.

Toda la noche subió con el porvenir; ardía

en deseos de estar en París, de trabajar, de ganar dinero; se vio ya volviendo al lado de Teresa, marchándose después con ella a París.

Arreglaba en su imaginación su casa, sus muebles.

¡Qué felicidad trabajar para Teresa! ¡Ser pintor!

Por la mañana salió Hugo sin hacer ruido, pero al cerrar la puerta se sintió detenido: uno de los faldones de su levita se había quedado cogido entre la puerta y el marco, y no había picaporte por la parte de afuera.

Sus padres dormían aún, y no quería despertarlos llamando; inútilmente aguardaba que saliera algún criado por casualidad.

Estaba preso, y de la manera más ridícula.

Su angustia fue mayor todavía cuando oyó abrir la puerta de la celda que estaba situada al lado opuesto de la casa.

Si algún criado—pensó—se le ocurre llevar la jaca, como ir a buscar a Etretat? Llamó, pero el viento, que le traía muy distintamente el ruido que hacían en la celda, impedía naturalmente que se oyera allí su voz.

No tardó en sentir el trot de un caballo que se alejaba; se le ocurrió entonces quitarse la levita y dejarla en la puerta para perseguir al criado, pero llegó justamente a tiempo para ver al caballo volver a trotar largo la esquina del recinto de manzanos que trazaban los límites del patio.

Media hora después, al abrirse la puerta, dio libertad a la levita que se había deteriorado un poco.

Ya no era posible ir a Etretat y estar de vuelta para la hora de la salida del Sr. Natal.

Y además, no hubiera hallado quizás ocasión para explicarse con claridad; una carta tiene algo más de positivo y obligatorio.

Escribió al Sr. Kreisherer.

«Muy señor mío: Amo a su hija de usted y quiero casarme con ella».

Voy a París a trabajar y arreglar mis asuntos, de modo que pueda ofrecerle una existencia decente.

El día de la Anunciación llegará a Etretat para pedirle a usted su mano.

Tenga usted a bien enterarla de esta carta. Confío en que no hallará en usted obstáculo alguno a este proyecto que hará mi felicidad,

y me atrevo a creerlo, la da su hija querida también.

Admita usted los respetuosos afectos del que anda en deseos de llamarle a usted su padre.—Hugo».

Hugo—le dijo su padre cuando subía al carricoche del Sr. Natal—toma esta carta, y entrégala en el Havre.

Va dirigida a la propietaria de un pedazo de tierra que deseo unir a nuestro cortijo.

Hugo miró el sobre.

Señora viuda de Leloup, en el Havre.

Después se le metió en el bolsillo.

EN EL TALLER

Hugo volvió a hallarse en su taller con la alegría que debe experimentar una golondrina que encuentra en la primavera su nido pegado todavía a un vetusto campanario.

Permaneció encerrado algunos días, poniendo en orden y colgando de las paredes los estudios que había llevado de Etretat. Después tenía que leer una porción de cartas y escribir algunas contestaciones.

Hugo a Edmundo

Dichoso Edmundo! Pronto hará un año que has dejado el cielo nebuloso de nuestra Francia por el bellísimo cielo de la Italia, esa patria de las artes. Te tengo mucha envidia, yo que siempre estoy al lado de este hogar, a cuyo fuego te has calentado tantas veces.

¡Cuántas ideas elevadas deben brotar bajo ese sol hermoso! ¡Qué sublimes deben ser esas ceremonias religiosas! ¡Qué ricas e imponentes esas iglesias!

Y las mujeres, amigo mío, esas italianas hermosas, con ojos y corazón de fuego, esas mujeres apasionadas y entregadas tan completamente al amor! Ellas son las que deben realizar esos ensueños de que nos despertan cada día tan dolorosamente nuestras coquetadas parisienses.

Todos sois más felices que yo. Rugiero está en España, va a ver las morenas andaluzas, las castellanas nobles; sus negros ojos seducidos brillan bajo el tul de sus mantillas; aquellas leonas enamoradas, las rejas, las coronas y las coronas de toros con los intrépidos toreros.

Emilio ha abandonado completamente nuestro país y recorre el Oriente.

Edmundo a Hugo

Si quieres conservar tus ilusiones, quema mi carta.

Aquí no hay vejezación en el campo. Las iglesias son hermosas y espléndidas; pero los italianos han conseguido hacerlas mezquinas y grotescas; han amontonado en ellas las molduras doradas y las estatuas ridículas vestidas y ataviadas, en medio de las obras maestras de pintura y escultura.

La avaricia y la vanidad han convertido en museos las iglesias; en dioses paganos, con tal que sean hermosos o debidos a un pincel ilustre, son recibidos con alegría, sin que tomen el trabajo de bautizarnos, imponiéndonos el nombre de algún santo.

Hay una iglesia donde el sacerdote celebra la misa, teniendo delante entre dos Cristos un grupo magnífico que representa a las tres Gracias completamente desnudas. Mientras tanto los vecinos del pueblo rien y hablan fuerte, los franceses bromean, los ingleses miden el coro y los pilares, y el cicerone les explica en alta voz lo que representan las imágenes.

En vano buscarías aquí aquel silencio místico y sublime, aquella claridad crepuscular y misteriosa, aquella impresión verdaderamente tierna y religiosa de las iglesias de Normandía, en las cuales se retiene involuntariamente el ruido de la voz y de las pasiones.

Cuanto a las mujeres, se obtienen exactamente como en París, en Londres, y en todas partes; el extranjero encuentra buenas suertes a precios bajos.

En las intrigas de las calles son mentiras de mal género; no se puede hablar a una mujer de la buena sociedad sin ser presentado y admitido en esta en el espacio de un año, y a pesar de nuestros esfuerzos multiplicados, Ernesto y yo no podemos poner en la lista de nuestras conquistas más que el nombre de una lavandera.

En sociedad, las mujeres se ven, hablan y hacen todo como en París, y son suscritoras de L'Espresso.

El traje tan pintoresco en pintura, que con tanto placer reproducimos armados de nuestros pinceles y puleas, no se conserva sino